



Mamá,
yo no soy una princesa




“¿Y qué pasó mamá? No te pares ahora, que hoy no tengo sueño”. Mamá me miraba, y sin dejar de hablar me arropaba nuevamente. “Tranquila princesa, tranquila, ya queda menos para el final”.


Adoraba aquel momento en el que no tenía que compartir con nadie a mi madre. Todavía soy capaz de recordar la suavidad con la que mecía mis cabellos.

De pronto, su hada madrina apareció. “No te preocupes Cenicienta, podrás ir al baile. La única condición es cuando el reloj de Palacio dé las doce campanadas, tendrás que regresar sin falta a casa”. Y tocándola con su varita mágica la transformó en una maravillosa joven”.





No quiero un príncipe azul
(ni amarillo, ni verde, ni rojo...)
Huyendo del estereotipo monocromático



Por definición, un **Príncipe Azul** es el hombre ideal que todas las mujeres soñamos y esperamos (algunas de una forma más activa que otras, depende de los *momentos Titanic* que hayamos vivido con anterioridad). Es un hombre que crece con nosotras, pero no evoluciona de la misma manera. No nos interesa, nos gusta tal y como nos lo han contado (y colado), y si algo funciona ¿para qué vamos a cambiarlo? Es apuesto, inteligente, fuerte, cariñoso, tierno, desprendido, cercano y rico, muy rico, extremadamente rico, (¿por qué conformarnos con pan y cebolla cuando existen maridajes perfectos como el *sushi* y el vino blanco?).

El Príncipe Azul es, además, la expresión máxima del pluriempleo. Mientras espera heredar un trono que compartirá con una de nosotras, diseña y ensaya estrategias de conquista que le llevan a explorar nuevos territorios con la intención de anexionarlos a los suyos, aunque con el tiempo les conceda la independencia. También tiene una vida social muy ajetreada; de hecho es un fantástico relaciones públicas que concede audiencias y organiza

eventos para *singles* con picoteo y primera consumición gratis, (en una de esas fiestas creo que fue donde Cenicienta perdió sus *Manolos*).

Lo dibujamos poderoso y decidido, es el salvador de las princesas tristes, por eso cuando nos sentimos atrapadas por “madrastas” autoritarias que compran manzanas envenenadas, “bestias” cargadas de complejos de inferioridad y sin final feliz, “Gastones” presuntuosos, “casitas de chocolate” que pareciendo oasis azules son agujeros negros, “Juanes” sin miedo que de repente se despiertan sobresaltados y salen corriendo a la mínima de cambio, o Pulgarcitos que no vuelven porque no había cobertura en el bosque y sin *wifi* el GPS no funciona, intensificamos su búsqueda, activamos los radares, nos cortamos el pelo y comenzamos dietas absurdas (la de la piña, la de los puntos, la de la alcachofa...), esperando ese beso que nos devuelva a un final de cuento (fueron felices y comieron perdices). ¡¡¡Que daño nos han hecho los hermanos Grimm!!!

Y es que la presencia de los cuentos de hadas, príncipes, princesas, brujas, sapos y ranas en la estructura social, supone la interiorización de unas pautas de comportamiento que, consciente o inconscientemente, han sido reproducidas a lo largo de los años.

Los cuentos deben entenderse como elementos imprescindibles en la educación infantil, ya que contribuyen a la formación de la conciencia de los más pequeños de la casa y les permite comprender la realidad social actuando, entre otros, como herramientas de refuerzo en la creación de los estereotipos sexuales, a través de la identificación con los personajes, que se convierten en

modelos a imitar o criticar, pero que nunca los dejan indiferentes. Durante este proceso de identificación, los niños separan lo que es femenino de lo que es masculino, comenzando a diferenciar los roles de género y otorgándoles el valor social suficiente, como para decidir que así es como deben comportarse, porque es lo que se espera de ellos en la sociedad en la que van a vivir.

Y es justo aquí donde empieza el problema. La no interiorización de estas

normas da lugar a algo que en Sociología ha venido a llamarse la “desviación”, y que está determinado por todo aquello que se sitúa fuera del orden social. Los desviados forman parte de ese conjunto de individuos que toman decisiones que nada tienen que ver con lo que se espera de ellos, y no necesariamente tienen que moverse fuera de la ley. Es decir: ni son criminales en potencia ni una amenaza para el sistema. Son aquellas mujeres que decidieron separarse en los años 60, tener hijos de padres desconocidos o no reconocidos en los 70, no votar a Adolfo Suárez en los 80, no sumarse al consumo de productos *light* en los





90 y no esconder su edad en el 2000. Son esos hombres que nunca han tenido que demostrar que ellos mandan en casa, que les encanta delegar en sus parejas las economías doméstica perdiendo el control de la cuenta del debe y el haber, que huyen de estereotipos ligados a la figura del macho que todo lo puede, y que no necesitan dominar para no sentirse dominados.

Aun así, la literatura infantil más actual nos ofrece la identificación de un rol femenino que todavía está ligado al rol del cuidado y a todas aquellas cualidades relacionadas al mismo: la solidaridad, la dulzura, ternura, paciencia, conservación y protección (¡qué bonito!). Por el contrario, para los hombres los roles más significativos siguen estando relacionados con el dominio, agresividad, fortaleza, rudeza e insensibilidad (y el Real Madrid).

Aunque es cierto que hoy en día los personajes de cuento de las niñas han abandonado, de alguna manera, la sumisión que podía observarse en personajes clásicos de los hermanos *Grimm* o de *Perrault*, se podría decir que el papel de las mujeres en la literatura infantil no ha variado demasiado a lo largo de los años, y continúa alimentando la imagen de una princesa triste que espera a un príncipe que la salve, aunque es un hecho constatado que es en la niñez donde esta visión de género no se cuestiona.

Desde la psicología más actual, la búsqueda del “Príncipe Azul” se trata como un síndrome que afecta a 6 de cada 10

mujeres, con edades comprendidas entre los 30 y los 45 años. Los síntomas son claros. Normalmente, hablamos de mujeres que no quieren hacerse adultas y viven en un continuo estado de insatisfacción. No controlan la ansiedad que les genera no encontrar al hombre perfecto que las proteja y las libere de esa sensación de frustración, lo que se convierte en un problema en su rutina diaria.

Inician con mucha ilusión todas sus relaciones, pero al cabo de cierto tiempo, el estado de ensoñación que viven desaparece, regresan a la realidad y pierden el interés por un príncipe que, poco a poco, deja de ser de color azul. Esto da lugar a un círculo vicioso, porque de nuevo inician la búsqueda de otro caballero andante que las rescate de la soledad que sienten.

Se mueven en dos extremos: por un lado, están las mujeres que continuamente se embarcan en relaciones sin sentido y que solo contribuyen a alimentar su desesperación; y por otro, las princesas solitarias que han decidido no volver a enamorarse para no tener que enfrentarse a situaciones emocionales que no saben manejar, y acaban produciéndoles dolor.

La cuestión es que las Cenicientas, Blancanieves o Bellas Durmientes del siglo XXI son el resultado de un modelo





de educación, donde nadie les explicó que los cuentos no son reales (“mujer princesa, marido príncipe busca”). La figura del hombre se convierte en algo imprescindible en su vida, de tal manera, que adoptan un papel pasivo, pasando de la dependencia de la figura del padre a la dependencia de la figura del príncipe, convirtiendo a cualquier sapo en heredero de un trono, y a cualquier señor en un Dios (y claro, él encantado).

¡¡¡Hiperventilando!!!

Aun así, es importante que tengamos claro que desear un príncipe no tiene por qué ser algo patológico. Es más, yo creo que se debe reivindicar la “entomología” (arte de dominar las mariposas en el estómago), y no matarlas con ginebra barata como deporte olímpico. A lo largo de la historia las mujeres hemos demostrado de sobra que podemos estar solas, simplemente ha llegado el momento de renunciar al estereotipo de color azul que nos han vendido, y que gustosamente hemos comprado. Dejémonos encontrar por hombres con criterio y seguros de sí mismos, que no buscan princesas, sino mujeres creíbles, de carne y hueso. La perfección no existe, pero todo es negociable.

Pensemos, además, que si a nosotras nos contaban cuentos que no nos enseñaron a descontextualizar, a muchos de ellos

les educaron para hacer felices a princesas que no sobrevivirían sin un príncipe. Esto les hace ser hombres narcisistas, arrogantes y controladores. Hombres que suelen derrumbarse ante el rechazo de la mujer, iniciando guerras de poder tan inútiles como destructivas.

¡¡¡Reaccionando!!!

Se acabó. Ya no quiero besar más sapos (son pegajosos) para convertirlos en príncipes, fruto de la imaginación de otros hombres que no sabían que es lo que querían las mujeres (la verdad es que no me imagino a *Jacob Grimm* haciendo una investigación de mercado para conocer las necesidades de la demanda femenina de la época).

Definitivamente, lo que quiero es besar a un hombre azul, verde, morado, blanco, negro, amarillo o gris y que se convierta en un hombre “arco iris”: fenómeno óptico y meteorológico que produce la aparición de un espectro de frecuencias de luz continua en el cielo, cuando los rayos del sol atraviesan pequeñas gotas de agua contenidas en la atmósfera terrestre (todo parecido con la realidad, mera coincidencia, muy a mi pesar).

¡¡¡Ahí estamos !!!

Las mujeres debemos huir de estereotipos de hombres monocromáticos. Bloquean nuestras neuronas haciéndonos creer que la dependencia emocional forma parte de nuestra naturaleza. Esto no es cierto, y si no que se lo pregunten a Eva (la primera

mujer documentada en la historia que se comió una manzana sin preguntarle a nadie si podía hacerlo, y mirar la que se montó).



Tachemos de la lista de posibles al **Príncipe Verde**. Se presenta como nuestro salvador, convirtiendo a las princesas tristes en su principal objetivo. Apasionado y dulce. Atento y muy observador, pero también analítico y estratega. Nunca actúa por instinto, aunque intente hacértelo creer. Controla la situación en todo momento, y su objetivo es que tú dejes de controlarla. No duda en utilizar el encanto innato que le caracteriza y del que es conocedor.

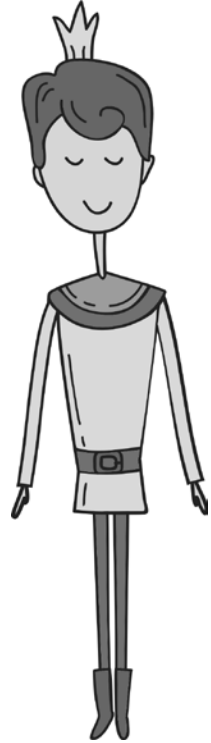
Se mueve muy bien en la conquista. Miente más que habla y cuando te tiene atrapada, su traje, de repente, se oscurece. Entonces, un día deja de llamarte y no responde a tus *Whatsapps*. No insistas, no hay nada que hacer. Él solito con el tiempo y después de un buen centrifugado, conseguirá volver al color original, y dependiendo del grado de afinidad que haya sentido contigo, decidirá darte una nueva oportunidad (siiiiiiii ... has oído bien, él decidirá darte una nueva oportunidad).

Obviamente la decisión final es tuya, pero con este tipo de príncipes la transformación en hombres arco iris es muy difícil y el coste emocional puede ser muy alto. Se requieren altas dosis de paciencia, y sinceramente nadie nos garantiza que el resultado final sea el que esperamos. Se mueven por impulsos, son demasiado impredecibles. Ahora bien, digamos a su favor que

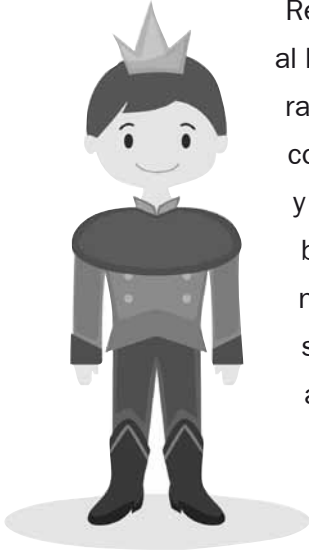
una vez que la metamorfosis comienza, el nivel de compromiso que adquieren es muy alto.

Estos príncipes son como las galletas Oreo, si comes una estás perdida y te llevarás el paquete entero a la cama. Existen además muchas marcas blancas, pero ninguna tiene el sabor de las originales.

Valoremos muy bien antes de iniciar una relación con el **Príncipe Morado** que, aunque ha superado la fase de luto por una relación anterior, se encuentra en el periodo de alivio (me alivio con unas y con otras). Es cariñoso, pero no apasionado. Aún no se siente preparado para iniciar nada estable y en cuanto piense que tú te adelantas, huirá en su caballo blanco. Es verdad que con el tiempo es posible que recapacite y se dé cuenta que el no haberte conocido en el momento adecuado condicionó “algo” que podría haber funcionado. Si es sincero consigo mismo, te llamará. No se lo pongas fácil, pero tampoco renuncies, es de los que pueden esconder un hombre maravilloso dentro de su mochila.



Este príncipe es un clásico, como las galletas María se deshacen en la leche pero siempre pueden rescatarse con una cucharilla de postre. No tienen un alto contenido calórico y, al final, casi siempre vuelven a tu armario de la cocina. Es el hombre despensa, si está llena es bueno y si está vacía siempre puedes ir al chino.



Renunciemos, sin ningún género de duda, al **Príncipe Gris**. Sus ojos profundos, de mirada perdida, lo delatan. Se nos presenta como una víctima de relaciones pasadas, y nos invita a que hagamos eso que tan bien se nos da: cuidarle. Poco a poco, se nutre de nuestra energía hasta convertirse en un hombre autoritario que no nos aporta nada. Se cansa pronto, pero no es capaz de dejarnos. Maneja como nadie el “darte para quitarte” y, cuando no consigue recuperar lo que ve que está perdiendo, retorna al victimismo del principio haciéndote sentir culpable por haber decidido que mejor “sola que mal acompañada”.

De este príncipe existe una variante todavía más peligrosa, y es el **Príncipe Negro** o **Príncipe de las Tinieblas**. Inseguro de sí mismo por naturaleza, se siente inferior y su afán es anularte. Normalmente el argumento es muy simple: eres mala. Lo peor que puedes hacer es caer en reproches, él los convertirá en un arma poderosísima para reafirmarse e insistir en que solo sabes pensar en ti misma. Es el momento de marcharnos y no volver.

El problema es que suelen ser muy atractivos, algo así como las galletas de canela, envoltentes por su olor y sabor, pero quebradizas y con muy poca consistencia. Ideales para el café de media tarde, pero sin ninguna sustancia para un buen desayuno mediterráneo, y fácilmente sustituibles por un buen bocata de jamón (menos elegante, pero mucho más nutritivo).

Aprendamos a darle su sitio al **Príncipe Rosa**. En este caso, hablamos de un príncipe agotador, no entiende de términos medios; llama cuatro veces al día, te regala flores y bombones, no te deja respirar ni un minuto. Corre demasiado, pero hay que reconocer que nos gusta. Lo que ocurre es que a veces va tan rápido que no podemos seguirle, y eso facilita que por el camino encuentre algún atajo, se esconda y de repente nos encontremos solas. No es difícil que días después, nos pida disculpas y con la excusa de que no está preparado para una mujer tan increíble, desaparezca de nuestra vida.



La verdad es que si nos relajamos, el Príncipe Rosa puede ofrecernos momentos muy buenos, pero ni sueñes con que llegue a convertirse en el hombre de tu vida. Es el máximo exponente del Síndrome de Peter Pan. Son galletas de mantequilla, con forma de dinosaurio, empalagosas y pesadas. El truco está en comerte una, cerrar el paquete y no volver a abrirlo hasta que estés segura de que el hambre que tienes no te llevará a terminarlas todas de una sentada. El final siempre es el mismo: arrepentimiento y mucho dolor de tripa.

Disfrutemos del **Príncipe Rojo**, pura pasión. Tocaremos el cielo, si nos lo permitimos, pero como llega se va. Eso sí, el cuerpo que te deja bien merece el sacrificio de verle marchar. Atrévete con este, y no dudes en disfrutar del momento Príncipe de Becke-

lar que te ofrece la vida. El más puro de los chocolates envuelto de dos deliciosas y crujientes galletas. No te sientas culpable, a nadie le amarga un dulce, y este es un caramelito que debe saborearse despacio y sin complejos.



No nos dejemos impresionar por el **Príncipe**

Amarillo, estridente pero divertido. Le gusta

saber que es la razón por la que te has

levantado con una sonrisa. Es un narcisista

indeciso que no tiene muy claro

cuál es su cuento. Dependiendo del día,

buscará a una Cenicienta para comprarle

unos zapatos, accederá a su cuenta de youtu-

be para escuchar cantar a la sirenita, o despertará

a la Bella Durmiente no sin antes haberse lavado los dientes con

pasta blanqueante y sabor clorofila. Vive en tierra de nadie, no

molesta, no promete y no se complica.

No le presiones y puede ser que un día te sorprenda, pero

tendrás que tener mucha paciencia. Son como las pastas de té,

si no las masticas bien acaban convirtiéndose en una bola en tu

boca imposible de tragar.

Por supuesto, no nos engañemos por

el aspecto del **Príncipe Naranja**, que

dependiendo del día puede ser dulce y apasionado o ácido y desteñido.

Lo mejor tener un exprimidor a

mano para cuando consideremos

que ha llegado a ese punto ideal de

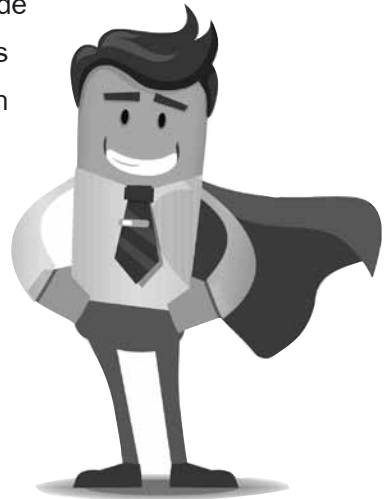
maduración, no olvidemos que “la na-



ranja por la mañana es oro por la tarde plata y por la noche veneno que mata”. Otra solución es mandarle con su madre cuando se convierta en una galleta revenida, sea del tipo que sea.

Mención aparte merecen los príncipes de nueva generación: los cibernautas. Estos no tienen color, y si lo tuvieran dependería del color de su proveedor de *wifi*: azul Movistar, rojo Vodafone o naranja Orange, por lo que si no quieres interrupciones en el servicio deberás evitar compañías de bajo coste.

Los **Ciber Príncipes** son fáciles de encontrar, se alojan en las redes sociales de contactos. Justifican su estancia en estos hoteles del amor en la insistencia de ese amigo que, preocupado por la soledad que le ha acompañado en los últimos años (pobrecitos...), le presenta Internet como solución a todos sus anhelos y carencias afectivas.



¿Tan difícil es aceptar que llegados a cierta edad la posibilidad de encontrar una pareja se reduce de forma drástica y que a nadie, que yo conozca, le entusiasma la idea de pasar el resto de su vida solo? Es más, si lo piensas bien, tampoco hay tanta diferencia entre esto y una noche de copas. Al final somos completos desconocidos, que cruzan cuatro palabras (eso con suerte), para decidir, dependiendo del caso, intercambiar un número de teléfono que nunca llegará a marcarse, quedar al día siguiente para cerciorarse que la